

## Ojos y miradas

Fragmento de "El sheriff. Vida y leyenda del Malevo Ferreyra". Sibila Camps, Planeta, Buenos Aires, 2009.

«¿Por qué nadie pregunta por el prontuario de los tres tipos que ejecutó Ferreyra?», se indigna Juan Carlos Nacul. Viene siendo su abogado defensor desde diciembre de 1991, pero no pudo evitar que, después de haber sido sobreseído en veintidós causas penales, el ex comisario mayor Mario Oscar Ferreyra fuera finalmente condenado a cadena perpetua, junto con ocho de sus hombres de la Dirección General de Investigaciones de Tucumán.

Hace apenas tres minutos que estamos hablando en el bar del Hotel Premier –convertido por esos días de febrero del '95 en búnker de Fuerza Republicana–, gracias a los buenos oficios de Fernando Berni, entonces periodista de la sección Policiales de La Gaceta. Nacul insiste en cobrarme para ir a verlo a Ferreyra. Vuelvo a decirle que no soy empresaria ni manejo dinero; que emprendí este libro por mi cuenta, que estoy destinando hasta el último minuto de mis vacaciones a entrevistas y búsquedas en archivos, y que me estoy costeadando desde los pasajes hasta el alojamiento en una pieza aderezada por la humedad.

Se lamenta de que no recibe un peso por defender a Ferreyra, que no tiene trabajo desde hace años, y que de la Legislatura lo echaron por motivos políticos. La charla, más bien desagradable, llega pronto a un punto muerto. Nacul se dirige a Berni: «Si vos querés ayudarla a la chica y Mario acepta la entrevista, yo no voy a poner obstáculos». Y luego a mí: «Inténtelo. Yo no sé si usted le va a poder sostener la mirada. Los delincuentes, cuando los miraba, se... encima». Queda desconcertado cuando le hago notar la diferencia: «Yo no tengo por qué tener miedo, no tengo nada que ocultar. No soy delincuente, soy periodista».

La entrevista se resolvió sin inconvenientes, por la vía institucional. El subsecretario de Seguridad, doctor Washington Navarro Dávila, se comunicó con el director del penal de Villa Urquiza, y pidió que se le consultara a Ferreyra. La respuesta fue positiva.

«Que traigan al interno», ordenó el subdirector de la cárcel. Lo vi a unos diez metros, conversando con un guardia. Estaba de costado y, aunque no había reparado en mí, confieso que al observar su mirada, el corazón me dio un vuelco. Me salvó el amor propio; cuando me lo presentaron nos dimos la mano –aprieta fuerte, aunque sin lastimar–, y enfrenté la mirada con naturalidad.

Tiene los ojos hundidos y los globos oculares ligeramente saltones bajo las cejas espesas, lo que le da cierta sensación de mirada torva. Es una mirada nerviosa –nunca termina de relajarse– y, al compararla con las de las fotos periodísticas en situaciones de extrema tensión, se me ocurre que puede llegar a ser más bien la mirada de la fiera acorralada, la que puede ser peligrosa pero sólo si se siente en riesgo. Al poco tiempo noto que Ferreyra mira fijo, pero no sostiene la vista por mucho tiempo seguido y la desvía hacia algún costado donde no sucede ni hay nada especial, tal como hacen las lechuzas y los búhos. Es una mirada sin ninguna intención y, por lo tanto, inofensiva; la mirada.